

HACE cinco años que no había visto a Pacorra Romero, apodada *la Trotski*. Está un poco más envejecida, pero conserva la misma vitalidad de siempre. Es

sevillana. Me dijo que venía de cerca de la isla de la Cartuja, de Sevilla, a donde volvería pronto. Antes quiere hablar con Alfonsito Guerra —ella dice que es pariente suyo— y que también hablará con Felipe González y, si puede, y de paso, con Carmen Romero. Y, ¿cómo no?, con Juan Barranco, ya que ella afirma haber tenido una gran amistad con «el viejo profesor» e incluso con muchísimos políticos, desde los desaparecidos José Vitini y Cristino García hasta el actual ministro de Cultura, Jorge Semprún. Cuando estaba en Sevilla y montaba guardia junto a la isla de la Cartuja, dice que se pasaba el día paseando por la orilla del Guadalquivir para decirle «adiós» a un viejo amigo y de camino buscar un pisillo que tuviera ventanas que dieran al río y pudiera verse la isla de la Cartuja y, a ser posible, la Torre del Oro o la Giralda. Había ido también a ver a la Macarena y a la Esperanza de Triana para que la acompañaran hasta el fin de sus días y no la olvidaran nunca. Por cierto: Pacorra Romero, desde niña, llevó con ella una estampica de la Macarena y un mantoncillo de manila con el que bailó sevillanas, antes de que estuvieran de moda, por medio mundo, desde «las francias» —como ella dice— al valle de Arán y en varias cárceles de España.

La primera vez que yo vi a Pacorra fue en TVE. Encabezaba una manifestación por la calle de Alcalá, tocando cacerolas y sartenes vacías. Creo que esta manifestación tuvo lugar en el año 1984. Se me quedó bien grabada su figura. Era una matrona grande, gorda y guapa. Tan guapa como una Macarena medida en años.

Días más tarde, me encontré a Pacorra en un elegante club de la Castellana. Bailaba con un señor mayor que ella, como una novia enamorada y una elegancia encantadora. El señor se llamaba Cristóbal, pero ella le llamaba don Cristobalito. Después me enteré que este señor había sido fiscal en las Salesas, que vivía en la plaza de Oriente y que estaba abandonado por toda su familia. Mi sorpresa fue grande cuando supe que Pacorra Romero se había ido a vivir a la plaza de Oriente con don Cristobalito. A ella le hubiera gustado estar toda la vida bailando sevillanas, pero desde que salió por última vez de la cárcel de Yserías no encontró trabajo.

Sus tormentos fueron grandes desde que, al empezar la guerra civil española, huyó de Sevilla con su padre; pero más tormento fue la salida de Yserías, ya en democracia, porque salió sin haber tenido nunca marido, ni hijos, ni trabajo. Así es que no había cotizado y no podía cobrar seguros sociales.

Su historia fue y es bastante penosa. El padre de Pacorra estuvo en el Congreso celebrado el año 1919 en el teatro de la Comedia de Madrid. Allí gritó: «¡Viva el comunismo libertario!» De niña, decía Pacorra, que había pasado los Pirineos con su padre, que había subido en tanques blindados, que había tomado parte en las contiendas del valle de Arán, bailando sevillanas para subir la moral de los que luchaban, que arrojó bombas en la

PACORRA ROMERO «LA TROTSKI» Y LA EXPO-92

Por José MARTÍN RECUERDA

base que los norteamericanos tienen en Rota, que pasó casi toda su vida de cárcel en cárcel, que pudo leer y enamorarse de las ideas de León Trotski y explicarlas por todas partes, como quien explica la doctrina; que tuvo amigas íntimas, sevillanas también, como la Miura y la Carajaca; pero lo peor de todo fue cuando llegó la democracia y salió de Yserías, porque, a pesar de lo dicho, después de luchar tanto por la libertad, no la encontraba.

Se quedó viviendo en Madrid. Iba a pedir trabajo a los tablaos flamencos y decía que Enrique *el Cojo* le había enseñado a bailar, pero como ya estaba rechoncha, no la contrababan. ¿Qué hacer una criatura como ella que había dado su vida entera por España? Se iba a la puerta del Ayuntamiento de Madrid para hablar y contarle su derrota a «el viejo profesor», pero no la dejaban entrar. Vivió en las pensiones de la calle de la Ballesta.

Durmió hasta en los bancos de la plaza de España. Ante la búsqueda torturante, pensó disfrazarse a la moda e imitar a Alaska. Aprendió a bailar el *rock* y los distintos ritmos actuales para ver si encontraba trabajo explotando la «imagen» ridícula o grotesca que pudiera producir; pero tuvo la suerte de echarse por novio a don Cristobalito y se fue a vivir con él a la plaza de Oriente. La casa tenía hasta pieles de oso en el suelo de los salones. Don Cristobalito le dijo que todo sería de ella, menos unos armarios empotrados que nunca podría abrir.

Sus amigas la Miura y la Carajaca pudieron encontrar trabajo en los coros del teatro de la Zarzuela, y un día, vestidas de zarzueleras, le hicieron una visita a la Pacorra. Se apimparon todos y los armarios secretos se abrieron. Allí estaban las copias de muchos de los peores procesos de una España pasada. Muertes y muertes sin motivos. Don Cristobalito, en el apimparamiento, confesó que «la justicia sólo quiere dinero y dinero», y «que donde hay dinero no hay ley», «y que así fue siempre», «y que estaba avergonzado porque él había sido uno de los grandes asesinos de España». Estas palabras fueron como puñaladas para la Pacorra, ya que ella, por defen-

der lo que creía justicia, había dado casi su sangre. «¿Qué era España? —se preguntaba—. ¿Qué podría ser la ley, la justicia, la vida entera?» A sus años quería descubrir

lo indescubrible. Lloró, pateó, cogió la estampica de la Macarena y su mantoncico y se fue de la casa de la plaza de Oriente, jurando no volver a pisarla.

Al salir, con lo único que tenía, miró al cielo y llamó a la Macarena. Se acordó de una frase que en Yserías le enseñó una amiga gallega. La frase era de Valle-Inclán y decía lo siguiente: «Sé como el ruiseñor, que siempre que canta en la rama, nunca mira para la tierra.» Y se lanzó a seguir luchando, no sin antes inaugurar un café-cantante que, bajo la sombra de don Cristobalito, le fiaron. Pero en aquel café-cantante no cantó ni bailó las piezas «rockeras» que había prometido, sino las que ella y sus amigas las zarzueleras compusieron, donde se vislumbraban sus penitas y agónias en el paso de la transición a la democracia, y esto hizo que salieran, por razones muy secretas, una vez más, esposadas.

«¡Ay! —decía—, ¿dónde está la libertad por la que tanto he luchado?» Seguía diciéndome con enfado frases que parecían de Ortega, de Unamuno, de Pedro Laín Entralgo...

De pronto, con una alegría inexplicable, empezó a decirme: «Y ahora te voy a contar lo peor, que es la lucha que llevo encima por causa de la dichosa Expo del noventa y dos, por lo que quiero hablar con Alfonsito, como te dije antes: allí me he enfrentado con todos los comisarios de la Expo y ninguno me ha hecho caso. Se ve que, como ni mis amigas ni yo tenemos dinero, no nos quieren dejar un sitio en la isla de la Cartuja para poner la taberna-exposición de Las Tres Carabelas y, dentro de ella, enseñar a bailar las sevillanas a todos los extranjeros que vengan a la Expo, y, además de estar todo el día enseñando a bailar a tantos como van a venir a apoderarse y a robar en mi Sevilla, tengo lo que nadie tiene para colgarlo en la taberna. Mira —me dijo—: hemos escarbado, a escondidas, en el monasterio de la isla y hemos encontrado las medias de Colón, además de las zapatillas de Santa Teresa, que estaban en un convento de Triana. ¿A ver quién tiene estas joyas para que se vean en la Expo del noventa y dos? Pues nada. Nadie nos hace caso. Sería una pena que tuviéramos que enseñar a bailar las sevillanas en Zamora y colgar las zapatillas y las medias allí».

Pacorra se fue con lágrimas en los ojos. Yo volví a reflexionar todo lo que pude en aquel ser humano, tan luchador, en una España como la nuestra, donde nadie sabe por dónde se camina. Pensé si la Expo del 92 sevirá para levantar y darle prestigio a España o para hundirla más. Antes de irse me dijo: «Lo único que me queda, si Alfonsito no me recibe, es pedirle a mi viejo camarada Jorge Semprún que me deje bailar sevillanas y contar mi vida en un teatro nacional. ¿Habrá mejor espectáculo que éste?»



J. M. Recuerda
Escritor

LAS LOMAS URB. VALDEPASTORES

Chalets Independientes
de 290 y 320 m²
en parcela de 2.800 m².
5-6 dormitorios.

Los mejores precios del mercado.
Financiación, 12 años.

LLAVE EN MANO

AMBIENTES RURALES S.A. Tel. 542 23 00.